

quien de una estocada pasó de parte á parte á mi amo, dejándole tendido en tierra, y huyendo muy satisfecho de haberse vengado. Corrí acelerado á don Matías; halléle sin sentido y casi muerto: espectáculo que me enterneció tanto, que no pude menos de echar á llorar por ver una muerte para la cual, sin pensarlo, había yo servido de instrumento. En medio de esto y de mi justo sentimiento, no dejé de pensar en hacer lo que me importaba. Volvíme al punto á casa sin hablar palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el que por inadvertencia metí también algunas cosas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero, donde tenía guardado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que había sucedido, siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oír, pero sobre todo fuí á contársela á Rodríguez. Este, menos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de don Matías, mandóles que le siguiesen, y fuimos todos al lugar de la pelea. Levantamos á don Matías, que aún respiraba; llevámosle á casa, y al cabo de tres horas murió. Tal fué el trágico fin del Sr. D. Matías de Silva, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos por él.

## CAPÍTULO IX

Del amo á quien Gil Blas fué á servir después de la muerte de don Matías de Silva

Hecho el entierro de don Matías, fueron, pasados unos días, pagados y despedidos todos sus criados. Yo establecí mi morada en casa del barberillo, con quien empezaba á contraer estrechísima amistad. Prometíame estar allí con más gusto y mayor libertad que en casa de Meléndez. Como me hallaba con algún dinerillo, no me dí prisa á buscar nueva conveniencia, y por otra parte me había hecho muy delicado sobre este particular. Ya no gustaba de servir á gente común y plebeya, y aun entre la noche quería examinar bien el empleo que me quería dar. Aun el mejor no me parecía sobrado para mí, persuadido de que todo era poco para quien había servido á un caballero rico, mozo y elegante. Esperando á que la fortuna me ofreciese una casa cual yo me imaginaba merecer, juzgué que no podía emplear mejor mi ociosidad que en dedicarme á obsequiar á la bella Laura, á quien no había visto desde el día en que nos desengañamos los dos tan graciosamente. No me pasó por el pensamiento volver á vestirme á lo César de Ribera. Sería una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel traje, y más cuando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre don César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peinado y afeitado con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí á casa de Arsenia y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasión le había hablado. Exclamó luego que me vió.

— ¿Qué milagro es este? ¿Eres tú? Paréceme que sueño, porque te creí muerto ó que te habías perdido. Hace siete ú ocho días que te dije que podías venir á verme; mas á lo que veo no abusas de la libertad que te conceden las damas.



Disculpéme con la muerte de mi amo y con las ocupaciones á que dió lugar, añadiendo muy cortesantemente que aun en medio de ellas tenía siempre muy presente en el corazón y en la memoria á mi amada Laura.

— Siendo así, me dijo ella, se acabaron ya las quejas y te confesaré que también te he tenido presente. Luego que supe la desgracia de don Matías, me ocurrió un pensamiento, que acaso no te desagradará. Días ha que oí decir á mi ama que se alegraría de encontrar un mozo que supiese de cuentas y gobierno de una casa para ser su mayordomo, y llevase razón del dinero que se le entregara para el gasto de ésta. Inmediatamente puse los ojos en tu señoría, pareciéndome que serías el más á propósito para este empleo.

— También me parece á mí, resoondí yo, que le desempeñaría á las mil maravillas. He leído las *Economías* de Aristóteles, y por lo que toca á llevar una cuenta, ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mía, añadí, una sola dificultad me impide entrar á servir á Arsenia.

— ¿Qué dificultad?, replicó Laura.

— He jurado, repuse, no servir jamás á gente común, y lo peor es que lo juré por la laguna Estigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú cuánto deberá respetarle un pobre criado.

— ¿A quién llamas tú gente común?, replicó Laura con mucho despego. ¿Por quiénes tienes tú á las comediantas? ¿Párecete que son por ahí algunas abogadillas ó algunas procuradoras? Sábetelo, amigo mío, que las comediantas son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personajes de la corte.

— Siendo así, le dije, cuenta conmigo, hija mía, para ese empleo que me destinan; pero con tal que no me degrade, ni me haga valer menos de lo que soy.

— No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un elegante á la de una heroína de teatro, es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma línea con las personas de la primera distinción: el mismo aparato de cuarto, la misma mesa, y en realidad es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efecto, añadió, si se consideran bien un marqués y un comediante, en el discurso de un día vienen casi á ser una misma cosa. Si el marqués en las tres cuartas partes del día es superior al comediante, el comediante en la otra cuarta parte supera mucho más al marqués, porque representa el papel de emperador ó de rey. Esta, á mi ver, es una compensación de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la corte.

— Así es, por cierto, respondí; sin duda que estáis á nivel unos con otros.

Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aquí, y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado.

— Me alegro, repuso, y no tienes más que volver de aquí á dos días. Me tomo este tiempo para ir preparando á mi ama á fin de que te reciba. Le hablaré en tu favor; puedo algo con ella y me persuado que lograré que entres en casa.

Dí las gracias á Laura por su buena voluntad, asegurándole que quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con expresiones tales que no podía dudar de mi agradecimiento. Siguió después una larga conversación entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decir á mi princesa que Arsenia la llamaba. Separámonos, y yo salí con grandes esperanzas de que presto tendría la fortuna de pasarlo á pedir de boca. No dejé de volver al plazo señalado.

— Ya te estaba esperando, me dijo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo, que quiero presentarte á mi señora.

Diciendo esto, me llevó á una habitación compuesta de cinco á seis piezas á cual más rica y más soberbiamente alhajadas.

¡Qué lujo!, ¡qué magnificencia! Parecióme que entraba en casa de alguna vi-reina, ó más bien dicho, creí que estaba viendo todas las riquezas del mundo juntas en aquella. Lo cierto es que había en ella lo más rico de todas las naciones; tanto, que se podía definir aquella habitación con mucha propiedad «el templo de una diosa á cuyas aras ofrecía todo caminante lo más raro y precioso de su tierra.» Vi á la deidad majestuosamente sentada en un almohadón de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque había engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso desaliño y ocupaba las lindas manos en componer un primoroso tocado nuevo para lucirlo aquella noche en el teatro.

— Señora, le dijo la criada, este es el mayordomo de que tengo hablado, y puedo asegurar á usted que sería difícil hallar otro que fuese más á propósito.

Miróme Arsenia con particular atención, y tuve la dicha de gustarle.

— ¿Cómo así, Laura?, exclamó ella. ¿Quién te dió noticia de tan bello mozo? Ya estoy viendo que me irá muy bien con él.

Y volviéndose á mí:

— Querido, me dijo, tú eres el que yo buscaba y el que verdaderamente me acomoda. Sólo tengo que decirte una palabra: estarás contento conmigo si me sirves bien.

Respondíle que haría cuanto estuviese de mi parte para agradarla en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesión de la nueva casa.